



“Ser más, para servir mejor”
"Juntos por una Iglesia sinodal"

EDUCACIÓN NO SOLO INTELECTUAL, LO SOCIOEMOCIONAL TAMBIÉN ES IMPORTANTE UNA RESPUESTA DESDE EL PARADIGMA PEDAGÓGICO IGNACIANO

José Gregorio Gámez Álvarez¹

Mayo 2023

INTRODUCCIÓN

La Educación de la Compañía de Jesús es una tradición viva, actuante y vigente que marca un camino y un modo de proceder que se enmarca en la Espiritualidad Ignaciana. La Compañía comprendió que estamos en una época donde se están originando cambios acelerados, por lo que revisar su propuesta educativa a la luz de esos cambios y de las exigencias del mundo actual era una necesidad imperante, lo que desembocó en la publicación de una serie de documentos contemporáneos, que orientan su modo de proceder en materia educativa, sin perder su carisma. Esos documentos son: *Características de la Educación de la Compañía de Jesús*, *Pedagogía Ignaciana: Un Planteamiento Práctico* y *Colegios Jesuitas: Una Tradición Viva en el siglo XXI*.

La Educación de la Compañía sienta sus bases en los Ejercicios Espirituales (EE EE) de San Ignacio, que con su experiencia profunda de Dios pudo configurar su vida de acuerdo al evangelio. El recorrido histórico de la Pedagogía Ignaciana, desde la “Ratio Studiorum” (Plan de estudio) creado en 1599 y que serían la base del modelo educativo Ignaciano, hunde sus raíces en la experiencia integral de Ignacio, una experiencia espiritual que brota de un contacto auténtico con un Dios actuante en todas las cosas: la naturaleza, las personas, la realidad social y cultural, en definitiva, en toda la Creación. (Ugalde SJ, 2000, citado en Moreno SJ, 2013), es así como la experiencia de Ignacio tiene un carácter profundamente espiritual.

En este sentido, en el marco de los EE.EE, el ejercitante es el actor más importante de esta experiencia; en los colegios de la Compañía ocurre exactamente lo mismo, los estudiantes son los principales protagonistas del proceso de enseñanza y aprendizaje, de esta manera la educación jesuítica tiene un carácter personal, se respeta la individualidad, se busca que el mismo estudiante sea capaz de encontrar sus propias fortalezas, dones, virtudes y talentos, que son un regalo de Dios, para desplegarlos en favor de los más vulnerables de esta sociedad. Que puedan

¹ Profesor de Religión del Colegio San José Jesuitas, Arequipa, Perú. Artículo publicado en el Boletín de junio de 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

comprender su mundo interno a la luz del mensaje de Jesús y la Iglesia para que lo invite a tomar parte activa de la realidad que lo interpela.

Desde esta espiritualidad se expresa una concepción del ser humano integral, ubicado en el centro de todo el proceso de aprendizaje, lo que se traduce en un enfoque personalizado que constituye la esencia del modelo pedagógico ignaciano, que en resumidas cuentas se orienta a la búsqueda constante de la verdad por encima de intereses personales, políticos, ideológicos o de cualquier otra índole (Vásquez, 2006), esa búsqueda de la verdad se caracteriza por ser de manera sencilla, paciente y humilde.

Al respecto, el libro *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (1986) plantea que el objetivo de la educación jesuítica es “ayudar al desarrollo más completo posible de todos los talentos dados por Dios a cada persona individual como miembro de la comunidad humana” (p.7). Con base a lo mencionado, uno de los fines de la educación es formar integralmente a la persona (en ciencia, tecnología, deportes, artes en todas sus manifestaciones, ciencias sociales y físicas), haciendo énfasis en la formación “de la imaginación, de la afectividad y de la creatividad de cada estudiante en todos los programas de estudio” (Compañía de Jesús, 1986, p.8). Este objetivo no dista con el perfil de egreso del Ministerio de Educación del Perú (MINEDU) y la Ley General de Educación (LGE) donde plantean una visión integral y común que deben tener los estudiantes al término de la Educación Básica, vinculados con los cuatro ámbitos de desempeños que deben ser nutridos por la educación: desarrollo personal, ejercicio de la ciudadanía, vinculación al mundo del trabajo y participación en la sociedad del conocimiento (Currículo Nacional de Educación Básica, 2016).

Es así como se entiende que, al educar en todas las dimensiones descritas anteriormente, se estaría logrando un equilibrio formativo que exhorta a todos a sentirse hombres y mujeres con habilidades y dones que enriquecen su personalidad, formando parte de un cuerpo más grande, donde se pueden estrechar lazos de fraternidad y solidaridad que trasciende raza, sexo, origen étnico, credos, etc.; del mismo modo los estudiantes asumen su ser competente para adaptarse a los cambios propios de la sociedad del conocimiento y la información, aprovechando todas sus capacidades humanas para la construcción de un mundo más humano y evangélicamente libre.

Este ensayo tiene como objetivo comprender la vinculación existente entre el Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI) y la Inteligencia Emocional (IE), por lo que en un primer momento se abordará de manera sucinta los rasgos generales de la Educación de la Compañía de Jesús, posteriormente describiremos los elementos del PPI, luego los componentes de la IE, según Howard Gardner, John Mayer y Peter Salovey, Daniel Goleman, Rafael Bisquerra y Nudia Pérez Escoda y, finalmente, analizaremos cómo se vincula el PPI con la IE.

Rasgos Esenciales de la Educación de la Compañía de Jesús.

1. Parte de una filosofía educativa inspirada en los EE.EE de Ignacio, que busca en los estudiantes:
 - Encontrar a Dios en todo lo creado.
 - Inspirar su misión de vida en el evangelio de Cristo, modelo de hombre consagrado al servicio.
 - Que se sientan llamados a trascender en el servicio a los demás.
 - Que se comprometan por enarbolar las banderas de la justicia y la solidaridad en su diario vivir.
 - Que puedan desarrollar todas sus capacidades (cognitivas, espirituales, emocionales).
 - Que puedan utilizar el discernimiento como un medio para reflexionar sobre aquellas acciones que repercuten en el bienestar personal y social.
2. Muestra preocupación por el cuidado y seguimiento personal de sus estudiantes, lo que se traduce en una mirada atenta al desarrollo integral (intelectual, psicológico, religioso, espiritual y moral).
3. Búsqueda constante de la excelencia en todos sus procesos organizativos y estratégicos, de cara a brindar una formación ajustada a los desafíos del mundo actual.
4. Acento en el desarrollo del pensamiento crítico y en una comunicación interpersonal saludable, respetuosa y oportuna, por lo que se requiere un razonamiento claro y lógico para comprender el contexto local, nacional y global.
5. Educación abierta e integral combinando aspectos técnicos y científicos con las humanidades.
6. Compromiso con la justicia en coherencia con su fe cristiana que ayude a combatir tantas situaciones injustas, con el fin de hacer posible realidades más humanas solidarias y fraternas.

Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI) y sus elementos.

La operatividad de las directrices emanadas en el documento sobre las Características de la Educación de la Compañía de Jesús se concretó en 1993 con el PPI, como un instrumento práctico y eficaz para aplicar en nuestros procesos de enseñanza y aprendizaje. Este planteamiento práctico esboza cinco elementos interrelacionados entre sí, los cuales son:

contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación. A continuación, se explicará brevemente cada uno de ellos:

El contexto: este elemento busca que los docentes podamos conocer la realidad de los estudiantes, para que la dinámica pedagógica pueda desarrollarse conforme a los intereses de los mismos. Este contexto es de diversos tipos; personal, psicoafectiva, familiar, social, cultural, académica, económica, religiosa y espiritual.

Y, ¿por qué es importante conocer ese contexto? En primer lugar, porque afectan directa o indirectamente los procesos pedagógicos y metodológicos; y, en segundo lugar, son fundamentales para comprender las fuerzas (internas y externas) que están originando determinadas situaciones, cómo están influyendo en las creencias, formas de pensar, en la toma de decisiones y en sus preferencias y cómo está afectando su forma de aprender de nuestros estudiantes (Compañía de Jesús, 1993).

Por otro lado, el clima institucional es fundamental para la consolidación de una educación en valores, ya que un colegio que se preocupa por mejorar permanentemente su praxis pedagógica, que promueva el respeto a la diversidad y a las opiniones, un acercamiento genuino y el perdón como práctica cotidiana, son cruciales para la educación integral.

Por supuesto que la educación de la Compañía, desde su modo de proceder, busca que cada estudiante se sienta en confianza, amado y respetado por ser un hijo de Dios con dignidad y capaz de trascender. Estos últimos aspectos son determinantes para viabilizar la propuesta pedagógica en cuestión.

La experiencia: En cualquier experiencia, los estudiantes involucran tanto los aspectos cognitivos como los afectivos, estos últimos como una reacción espontánea, frente a los hechos o sucesos que se están estudiando.

La experiencia ignaciana trasciende los muros de los aspectos meramente intelectual. Para Ignacio, era fundamental que todo el hombre; mente, corazón y voluntad se vean implicados en el proceso educativo y animaba a usar la experiencia, la imaginación y los sentimientos; de esta manera quedaban involucradas tanto las dimensiones afectivas, como las cognitivas (Compañía de Jesús, 1993) porque para que ocurra una experiencia significativa es importante unir los aspectos internos de cada persona con el conocimiento intelectual.

En este momento de la pedagogía ignaciana se involucran dos tipos de experiencias: la directa, considerada de primera mano y más enriquecedora por su naturaleza de contacto directo con la realidad, y la indirecta, que se adquiere analizando un fenómeno desde informaciones que se encuentran en la web, libros, revistas, etc., u otras estrategias que pueda utilizar el docente para tales fines.

En el ambiente académico, la experiencia directa ocurre cuando los estudiantes establecen relaciones interpersonales efectivas, mediante la interacción constante en estrategias como mesa redonda, foros de discusiones, panel de expertos, desarrollo de metodologías activas como el ABPr y ABP, hallazgos encontrados en las experimentaciones realizadas en los laboratorios, actividades lúdicas, recreativas, deportivas y de proyección social.

La experiencia indirecta, es mucho más común en los entornos educativos, que requiere de una experticia y creatividad por parte del profesor, ya que es el principal responsable de estimular la imaginación de los estudiantes y activar la mayor parte de los sentidos, para enriquecer el contexto histórico estudiado junto a los factores socioculturales, políticos y económicos que afectaron la vida de las personas en su momento y que sigue teniendo fuertes repercusiones en la vida actual (Compañía de Jesús, 1993).

Tanto en la experiencia directa como la indirecta los estudiantes necesitan activar todos los sentidos para captar todos los detalles que están configurando determinadas realidades humanas, y de esta manera puedan cuestionarse sobre los factores que dan origen a tal realidad en estudio.

Al lograr este papel activo de los estudiantes en el proceso de experimentar la realidad en su totalidad, indiscutiblemente las reacciones emocionales comienzan a manifestarse como reacciones naturales propias del ser humano.

La reflexión: está relacionado con el ejercicio consciente, deliberado y permanente de procesos de pensamientos y racionalidad de nuestros estudiantes, es decir recoge la actividad intelectual de las hipótesis y/o cuestionamientos formulados en la experiencia, para el entendimiento del fenómeno estudiado y la posterior verificación de los datos captados a través de los sentidos, que busca dar explicaciones lógicas y fundadas sobre el significado de la realidad. Al respecto, Dewey (1989) dice “lo que constituye el pensamiento reflexivo es su examen activo, y persistente de toda creencia o supuesta forma de conocimiento a la luz de los fundamentos que la sostienen y las conclusiones a las que tiende” (p25).

En este momento del PPI se busca que los estudiantes involucren la memoria, el entendimiento, la imaginación y los sentimientos, para captar lo primordial de lo estudiado, que facilite descubrir la sinergia que pueda tener con otros aspectos del conocimiento y apreciar las implicaciones en la búsqueda constante de la verdad y la libertad (Compañía de Jesús, 1993).

Al respecto, la Compañía de Jesús (1993) en su documento Paradigma Pedagógico: Un Pensamiento Práctico menciona:

la reflexión es el proceso por el cual se saca a la superficie el sentido de la experiencia y se alcanza cuando se entiende con mayor claridad la verdad que se está estudiando,

cuando se descubren las causas de los sentimientos o reacciones que estoy experimentando al considerar algo atentamente, cuando se comprenden más a fondo las implicaciones de aquello que he llegado a entender por mí mismo o con ayuda de otros, cuando se logran tener convicciones personales sobre hechos, opiniones, verdades - distorsionadas o no -, y cosas semejantes, cuando se logra comprender quién soy y quién debería ser yo en relación a otros (pp.17-18).

Este proceso de reflexión es fundamental en esta forma de entender los procesos de enseñanza y aprendizaje, porque no solamente involucra los aspectos cognitivos para entender y juzgar las realidades humanas, sino que busca integrar la totalidad de las capacidades humanas para alcanzar una reconsideración seria y profunda sobre el objeto de estudio, orientada a configurar nuevos esquemas de pensamientos que hagan al estudiante consciente y a la vez participe de la promoción de la verdad en la reconstrucción de entornos más humanos y evangélicamente libres.

Dewey 1994, citado por Sánchez Sierra, Santos y Ariza de Encinales (2005) dice que para que ocurra la reflexión se tienen que promover tres actitudes o condiciones: “La apertura de mente que puede ser definida como la actitud que se tiene ante la posibilidad del cambio; la “responsabilidad intelectual”, que consiste en tener la voluntad de adoptar las consecuencias del paso proyectado y asegura la integridad, la coherencia y armonía de las creencias. Por último, “el entusiasmo” radica en la motivación intrínseca” (p. 151). Estas tres actitudes interactúan entre sí, buscando una mayor y mejor comprensión de las diferentes corrientes, teorías y posiciones sobre lo estudiado, manteniendo una actitud de escucha activa y la necesidad de sostener en el tiempo el interés por aquellas actividades que involucran procesos cognitivos complejos orientados a lograr los objetivos propuestos.

Por lo tanto, la reflexión implica el uso de destrezas meta cognitivas, habilidades creativas y la adopción de una actitud crítica; abarcando no solamente el modo de pensar de las personas, también aquí es importante analizar cómo los estudiantes comprenden una experiencia de manera global que incluye pensamientos, sentimientos y relaciones sociales (Briñas, 2010). En la medida que los estudiantes hagan este ejercicio, podrán captar mejor su propia realidad y la de su entorno, se irán distanciando de las presiones sociales, para adoptar, un juicio crítico e independiente, sobre el fenómeno estudiado, que le permita tomar postura responsable y deliberada de sus propias acciones.

La acción: considerado la cuarta etapa del PPI, surge como una respuesta lógica de todo lo reflexionado desde lo íntimo de cada persona. Duplá (2000) la define como “una expresión de sí mismo y permite una toma de conciencia privilegiada sobre lo que somos, pensamos y sentimos” (p.8), de esta manera el estudiante va incorporando modificaciones en una o varias

dimensiones de su vida dirigida a confrontar su realidad personal, espiritual, emocional, familiar y social de cara a desarrollar acciones, considerando sus convicciones más profundas.

Los Ejercicios de San Ignacio están dirigidos al cambio interior de la persona, que luego se reflejará en acciones concretas. Ese cambio lo expresan diciendo que se trata de ordenar la vida, de acuerdo con el Principio y Fundamento (Duplá, 2000); es decir, a partir de un proceso de transformación interno, cada estudiante expresa lo aprendido desde una toma de conciencia absoluta y convencido que sus actuaciones son reflejo del amor de Dios experimentado y discernido previamente, haciéndole una invitación a construir entornos solidarios, justos, fraternos, sin exclusiones y que valore la diversidad como elemento indispensable para unirnos en una misión compartida.

En este orden de ideas, la actitud del profesor tiene que ser de apertura, respeto, confianza y acogida, donde se atiende la individualidad y los ritmos personales. Solo desde esa actitud será mucho más fácil viabilizar, no solamente este elemento, sino una pedagogía de la acción, según la filosofía ignaciana.

En síntesis, la acción supone una decisión firme y convencida de los estudiantes sobre los hallazgos encontrados, no debería quedar como espectador de la realidad analizada, debe involucrarse activamente en actividades que operativizan sus motivaciones por trascender en el contexto histórico que le ha tocado vivir. El servicio y el compromiso asumido deben orientarse a viabilizar el “magis”, manifestado en el mejor servicio a Dios y por ende a nuestros hermanos.

La evaluación: Es la etapa final de este proceso continuo, pero a su vez el comienzo de futuros procesos, y busca revisar la totalidad de los aspectos pedagógicos, además que abarca la integralidad del estudiante.

La evaluación dentro del PPI es mucho más que adquisición de conocimientos, se preocupa por el desarrollo equilibrado y armonioso de “hombres y mujeres para los demás”. Se debe orientar para evaluar el cumplimiento de los objetivos trazados, así como la eficiencia de las metodologías y estrategias usadas en cada momento del PPI. Esto nos puede dar insumos para reconfigurar los procesos pedagógicos que buscan cumplir con los fines de la educación de la Compañía.

En esta etapa se puede caer en el error de evaluar solo los aspectos académicos, dejando de lado los demás aspectos que configuran la vida del estudiante; es por ello que la aplicación de diversos métodos como las entrevistas personales, el diario de los estudiantes, la autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación son esenciales para lograr una comprensión objetiva de lo estudiado y a partir de allí plantear estrategias que promuevan un crecimiento personal equilibrado y ajustado a la realidad de los mismos estudiantes.

La evaluación cuestiona todas las etapas del paradigma y examina los resultados del proceso, busca las causas y sus posibles consecuencias con sus respectivas alternativas de mejora reabriendo el camino para seguir avanzando (Compañía de Jesús, 1993). No nos podemos quedar en las falencias identificadas, al contrario, debemos encontrar, en conjunto y con los resultados de la aplicación de los instrumentos, alternativas concretas que enriquezcan la puesta en práctica de esta propuesta pedagógica. Desde una visión objetiva y ecléctica se puede ver en los errores grandes oportunidades de mejora continua dentro de la gestión pedagógica de cada las instituciones educativas.

Componentes de la Inteligencia Emocional (IE), según varios autores.

El término de IE ha sido objeto de estudio, sobre todo a finales del siglo pasado, de distintos autores, quienes aprovecharon los avances en materia neurocientífica, psicológica y de la medicina para reconfigurar y replantear el concepto de inteligencia. A continuación, se explicará la forma en que teóricos como Mayer y Salovey, Goleman, Gardner y Bisquerra dieron sus aportaciones para enriquecer este campo del saber.

En el estudio de las inteligencias múltiples de Gardner se planteó dos tipos de inteligencias relacionadas con la personalidad, una que mira al interior, mientras que la otra se enfoca en el estudio de los procesos externos. La inteligencia intrapersonal es la capacidad que facilita el acceso a la propia vida sentimental, realizando al instante discriminaciones entre estos sentimientos y, con el tiempo, darles un nombre, de utilizarlos como un modo de comprender y guiar la conducta propia (Gardner, 2001). Esta capacidad de trabajar e indagar sobre el mundo interno es fundamental en el desarrollo de habilidades de autoconocimiento. No se puede avanzar en el fortalecimiento del autodomínio y la autodeterminación si no conocemos nuestras potencialidades y recursos personales, aquello que nos hace únicos e irrepetibles.

La inteligencia interpersonal “se vuelve al exterior, hacia otros individuos. Aquí, la capacidad medular es la habilidad para notar y establecer distinciones entre otros individuos y, en particular, entre sus estados de ánimo, temperamentos, motivaciones e intenciones” (Gardner, 2001, p. 189). En este tipo de inteligencia, el individuo desarrolla la capacidad de ser perceptivo con el entorno que le rodea, mantiene una actitud atenta y vigilante de los estados de ánimo, deseos, motivaciones e inclusive el lenguaje verbal y no verbal de sus interlocutores, porque entienden que todo está conectado y arroja información valiosa que puede ser aprovechada por el interlocutor.

Desde el modelo de habilidad propuesto por Mayer y Salovey, 1997, la I.E. puede ser definida como “habilidad de las personas para atender y percibir los sentimientos de forma apropiada y precisa, la capacidad para asimilarlos y comprenderlos de manera adecuada y la destreza para regular y modificar nuestro estado de ánimo o el de los demás...” (Fernández-

Berrocal & Extremera, 2002, p.2) lo que permite sintetizar tres aspectos en este modelo: la atención y percepción de los sentimientos, la asimilación y posterior comprensión y finalmente la autorregulación orientada a la modificación de los estados anímicos de cada persona.

Según este modelo se plantean cuatro habilidades emocionales “la percepción emocional, la facilitación o asimilación emocional, la comprensión emocional, la regulación emocional” (Fernández-Berrocal & Extremera, 2005, p.69) cada una con sus características fundamentales que permiten entender la totalidad de esta propuesta.

Goleman (1998) afirma que la inteligencia emocional es “la capacidad de reconocer nuestros propios sentimientos, los sentimientos de los demás, motivarnos y manejar adecuadamente las relaciones que sostenemos con los demás y con nosotros mismos” (p. 349) evidenciándose en estas definiciones la presencia de habilidades diferentes a la inteligencia racional, aunque son complementarias, resulta necesario la búsqueda de un equilibrio entre la inteligencia cognitiva y la inteligencia emocional.

En esta misma línea, Goleman (1998) plantea los componentes de la inteligencia emocional que se describen a continuación: la conciencia emocional que está relacionado con la identificación y reconocimiento de las emociones en un momento dado, al mismo tiempo, el sujeto debe ser capaz de darle nombre a aquello que está sintiendo. La autorregulación implica el manejo inteligente de las emociones a través del empleo de estrategias que faciliten desarrollar las tareas cotidianas sin ningún tipo de interferencias. La motivación está asociada a conectar con las preferencias más profundas del individuo, capaz de encaminarlo al cumplimiento de metas. La empatía es tomar conciencia de lo que sienten las personas y colocarse en su lugar para lograr una mayor comprensión emocional y finalmente, las habilidades sociales implican el manejo efectivo de las emociones en relación con los demás.

El Grupo de Investigación en Orientación Psicopedagógica de la Universidad de Barcelona España (GROP en sus siglas en catalán) propuso un modelo pentagonal de competencias emocionales orientadas a fortalecer la educación emocional. Bisquerra y Pérez-Escoda (2007) entienden “que las competencias emocionales son un aspecto importante de la ciudadanía efectiva y responsable; su dominio, potencia una mejor adaptación al contexto; y favorece un afrontamiento a las circunstancias de la vida con grandes probabilidades de éxito” (p.69). Son muchos los aspectos favorecidos mediante el desarrollo de competencias emocionales, tales como: mejora del rendimiento académico, habilidades interpersonales, capacidad para atender asertivamente los estados emocionales propios y la de su entorno, actitud resolutiva, resiliencia entre otros.

Desde este modelo pentagonal, el primer componente es la conciencia emocional que es la capacidad de tomar conciencia de las emociones propias y la de los demás, la regulación emocional es la capacidad para gestionar inteligentemente las emociones, estableciendo relación

entre la cognición, emoción y comportamiento; la autonomía emocional incluye un conjunto de características dirigidas a la autogestión personal como la autoestima, actitud positiva frente a la vida y autoeficacia emocional; la competencia social que es la encargada de mantener buenas relaciones con los demás y las habilidades de vida y bienestar que es la capacidad para asumir comportamientos responsables para afrontar con satisfacción los desafíos de la cotidianidad (Bisquerra y Pérez-Escoda, 2007).

Esta forma de organizar las competencias emocionales, también responden a aspectos internos (conciencia, regulación y autonomía emocional) y componentes externos como la competencia social y las habilidades de vida y de bienestar. Se entiende que una persona que atiende y se preocupa por fortalecer su dimensión interior, tiene altas probabilidades de establecer efectivas y afectivas relaciones interpersonales.

El contexto y su vinculación con la Inteligencia Emocional

En una realidad tan compleja, como en la que vivimos actualmente, es oportuno que como profesores nos preocupemos en favorecer un clima de confianza y respeto en el aula, manteniendo una actitud de escucha atenta y empática, sin juzgar y emitir juicios de valores, con respecto a la realidad personal que vive cada estudiante.

En este sentido, la vinculación del contexto, como primer momento del PPI, con la Inteligencia Emocional (IE) es determinante, debido a que es aquí cuando buscamos involucrar a los estudiantes desde todas sus dimensiones vitales, y en ellas se encuentra la dimensión emocional. Al respecto, Goleman (1998) plantea unos componentes asociados a la IE; la conciencia emocional o autoconocimiento, la autorregulación, la motivación, la empatía y las habilidades sociales.

El autoconocimiento o conciencia emocional es la piedra angular de la IE, considerado un prerrequisito para poder desenvolverse eficazmente a nivel personal y en su entorno inmediato. Goleman (1998) plantea que la conciencia de uno mismo promueve una actitud autorreflexiva e investigativa sobre todos nuestros procesos internos y en ellos incluimos las emociones.

Es por ello, que los estudiantes deben comprender la necesidad de ahondar sistemáticamente en su dimensión interior, debido a que promueve el fortalecimiento del conocimiento profundo de sí mismo: emociones, fortalezas, debilidades, necesidades e impulsos, sus valores y principios y son más conscientes de orientar sus vidas de acuerdo a esos valores.

Siendo, la educación personal y atención a la individualidad, características primordiales en la educación de la Compañía, los docentes estamos llamados a conocer todo el bagaje emocional de nuestros estudiantes, ya que es un requisito insoslayable para favorecer un aprendizaje significativo, además da insumos para la planificación y ejecución de estrategias

prácticas que llamen a la autorregulación emocional y la automotivación, tan necesarias para lograr la tan anhelada gestión de las emociones en distintos contextos de la vida de los estudiantes.

A este respecto, los profesores, directivos, acompañantes espirituales y laicos en general toman un interés especial por el desarrollo afectivo de los estudiantes que, respetando la intimidad de cada uno, están dispuestos a escuchar sus preguntas y preocupaciones, compartir sus alegrías y tristezas, a ayudarles en su crecimiento personal y relaciones interpersonales (Compañía de Jesús, 1986). Es decir, la efectividad de un aprendizaje socioemocional está determinado en gran medida por la capacidad que tiene una persona de reconocer sus propios sentimientos y los de los demás, de motivarnos y de manejar adecuadamente las relaciones. (Goleman, 1995, como lo citó García-Fernández & Giménez-Mas, 2010).

En síntesis, una contextualización consciente y orgánica, marcará el punto de partida de este largo camino hacia el aprendizaje y promoverá una relación genuina, auténtica y de confianza entre docentes y estudiantes, por lo que dejar aflorar el afecto y el respeto en todo momento, así como asegurar un ambiente de seguridad y reciprocidad, determinará la dinámica pedagógica en el aula, ocasionando que los estudiantes se sientan en confianza de expresar su mundo emocional, de estar abiertos a críticas constructivas, de saber en qué momento pedir ayuda y gestionar sus pensamientos.

La experiencia y su vinculación con la Inteligencia Emocional

Desde el estudio de la IE, existen autores que hablan de emociones positivas, negativas y neutras, mientras que otros prefieren estudiarlas como reacciones naturales del ser humano que mandan información permanentemente para ser analizadas desde la luz y la sombra.

Lo que es indiscutible hoy, gracias al avance de la ciencia, es que las emociones ocupan un lugar preponderante en los momentos cruciales de la vida, también permite afrontar situaciones difíciles de la cotidianidad. Cada emoción nos predispone de manera diferente a la acción, cada una de ellas indica una dirección y nos da información que amerita ser atendida con inteligencia (Goleman, 1996).

En efecto, cuando nos aproximamos al conocimiento de una realidad o fenómeno, inmediatamente surgen reacciones afectivas en nuestros estudiantes y es papel del profesor indagar y profundizar sobre las emociones que se están originando a partir del suceso estudiado. Que los mismos estudiantes sean capaces de formularse preguntas como: ¿qué estoy sintiendo? ¿por qué me afecta tanto esta realidad?, ¿se parece a algo que he vivido anteriormente?, ¿qué la hace interesante?, ¿por qué me aburre, o me gusta o me da miedo?, ¿qué me inquieta? Estas interrogantes son el punto de partida para plantearse hipótesis orientadas a comprender mejor la realidad.

La experiencia nos permite internalizar todo lo vivido a través de los sentidos, imágenes, emociones y sentimientos que en nosotros despiertan, determinadas situaciones. El fin último es que el aprendizaje se convierta en una experiencia significativa y para ello es importante desarrollar potencialidades físicas emocionales, mentales y espirituales de la persona que aprende. Es decir, que sea capaz de promover valores. (Duplá, 2003). La promoción de valores, desde la espiritualidad ignaciana, afirma la dimensión religiosa del ser humano, logrando que la persona se sienta afectada y preocupada por las injusticias presentes en su entorno, de sus alegrías y gozos, pero también de sus pruebas y pobreza.

Ya sea mediante la planificación de una experiencia directa o indirecta, los estudiantes tienen la capacidad de desarrollar habilidades interpersonales como la empatía y la competencia social. La empatía está relacionada con la capacidad para sintonizar emocionalmente con los demás y esta se fundamenta en la conciencia emocional, ya que mientras una persona está más abierta a sus emociones, será más fácil comprender los sentimientos de los demás (Goleman, 1996).

La experiencia, como elemento del PPI, debe favorecer el desarrollo de competencias interpersonales, debe provocar un mínimo de interacciones afectivas y efectivas entre los estudiantes, logrando que los mismos entiendan la importancia de trabajar en equipos, respetar los roles, escuchar de manera atenta y empática, aplicar habilidades de negociación y persuasión para dirimir conflictos.

En resumen, estas habilidades sociales, son las que facilitan relacionarnos con los demás, movilizarles, inspirarles, persuadirles, influirles y tranquilizarles en el mundo de las relaciones sociales (Goleman, 1996), tan importantes y necesarias que se fortalezcan desde todos los niveles de educación, de cara a desarrollar competencias del siglo XXI. “El fomento de la actitud de empatía en la escuela será fecundo para los comportamientos sociales a lo largo de la vida. Así como la forma misma de la enseñanza no debe oponerse a ese reconocimiento del otro.” (UNESCO, 1996, p.105).

La reflexión y su vinculación con la Inteligencia Emocional

Para gestionar las emociones de manera inteligente es importante, en primer lugar, avanzar en el autoconocimiento y la toma de conciencia emocional, que de acuerdo a Bisquerra y Pérez Escoda (2007) implica tres aspectos fundamentales: la toma de conciencia de las propias emociones, eficacia en el vocabulario emocional, dando nombres a las mismas y comprensión de las emociones de los demás. En segundo lugar, para que ocurra la autorregulación emocional es requisito indispensable tomar conciencia de la interacción entre emoción, cognición y comportamiento, reconociendo que esta relación es liderada por la razón, principal responsable en la regulación emocional.

En la reflexión avanzamos en la necesidad de buscar las causas que están generando determinados sentimientos y reacciones, descifrando el por qué de sus intereses, apatía, gustos, alegrías, tristezas, miedos, etc., con respecto a aquello que se está estudiando.

Solo a partir de este descubrimiento sobre sus propias emociones y sentimientos, el estudiante es capaz de cuestionarse sobre sí mismo y reconocer las implicaciones que tienen determinadas reacciones en las demás dimensiones de su vida: personales, familiares, sociales y espirituales. De esta forma, se logra cuestionar sobre sus convicciones más profundas, reconsiderando acciones que lo exhortan a dar sentido a su propia existencia.

La Compañía de Jesús (1993) menciona que “para Ignacio “discernir» era clarificar su motivación interna, las razones que estaban detrás de sus opiniones, poner en cuestión las causas e implicaciones de lo que experimentaba, sopesar las posibles opciones y valorarlas a la luz de sus probables consecuencias, para lograr el objetivo pretendido: ser una persona libre que busca, encuentra y lleva a cabo la voluntad de Dios en cada situación”. En este proceso reflexivo, los estudiantes deben discernir constantemente sobre su dimensión emocional entendiendo la complejidad que acarrea las manifestaciones de diversas emociones frente al mismo acontecimiento. Teniendo esa claridad podrá avanzar hacia una correcta gestión de las emociones, actuando competentemente en futuros contextos similares.

La acción y su vinculación con la Inteligencia Emocional

Una vez reflexionadas las causas que están generando las emociones y sentimientos; los estudiantes están llamados a desplegar comportamientos adaptativos, a partir de la gestión inteligente de las emociones. Los estudiantes deben comprender que el sentir forma parte de la naturaleza de la persona, por lo tanto, es un proceso normal que, frente a situaciones diversas, siendo objeto de estudio en las aulas, surjan diferentes emociones, que luego de pasar por procesos cognitivos complejos, los invita a asumir una acción comprometida consigo mismo y con el entorno.

Para Ignacio, lo afectivo es una fuerza motivadora que permite pasar de la comprensión a la acción y el compromiso, respetando la libertad de cada estudiante (Compañía de Jesús, 1993). En definitiva, una acción reflexionada, a partir de un contexto y una experiencia, enriquece el mundo interior de los estudiantes, sintiéndose motivados a tomar parte activa de lo que ocurre en su entorno, siendo protagonistas del cambio que quieren ver en esta sociedad.

Uno de los tantos frutos, de esta acción deliberada y en completo ejercicio de la libertad, son la educación de los sentimientos y la voluntad, que aspira a crear personas en armonía con todo su ser, donde el estudiante llegue a comprender su dimensión interpersonal, histórica, religiosa, espiritual y emocional (De León Perera, 2017), es decir la comprensión intelectual de

los sentimientos, reflejados en el momento anterior del PPI, son vitales para involucramiento total de la persona en la transformación de su vida personal y social.

En este sentido, los estudiantes deben formularse preguntas como: ¿qué piensas hacer con todo ese torbellino de emociones que se están experimentando?, ¿qué compromiso asumiré para que las acciones sean consecuencia de un adecuado proceso de gestión emocional?, ¿esas acciones me invitan a la trascendencia?; todo ello con el fin de orientar sus comportamientos para la edificación de relaciones intra e interpersonales saludables, enmarcadas en un compromiso humano y cristiano.

Goleman (2000) expresa al respecto “la raíz del altruismo se encuentra en la empatía, la capacidad de interpretar las emociones de los demás, si no se siente la necesidad o desesperación del otro, no existe preocupación” (pp.19-20), lo que pone en evidencia que en la actualidad nuestras acciones deben orientarse a la puesta en marcha de dos posturas bien definidas: el autodomínio y la compasión, ambas que deben ser educadas desde las aulas de clase, para el fortalecimiento de un compromiso sostenido y coherente con los principios evangélicos de la justicia, la templanza y la búsqueda del bien común.

Las emociones también deben ser educadas y trabajadas en el día a día, no se pretende evadirlas y suprimirlas, mucho menos invalidarlas, se busca que todas sean consideradas como reacciones voluntarias y necesarias del cuerpo que se manifiestan de diferentes maneras y que cumplen con una función adaptativa. Identificarlas, reconocerlas y trabajarlas son fundamentales para que surjan también acciones asertivas y emocionalmente inteligentes.

La evaluación y su vinculación con la Inteligencia Emocional

La evaluación es el momento culmen del PPI y busca una comprensión completa y objetiva de todo el proceso pedagógico desarrollado a lo largo de diferentes sesiones de aprendizaje. Cuando trabajamos la dimensión socioemocional de los estudiantes procuramos que los mismos sean capaces de evaluar constantemente sus reacciones y las de su entorno, para discriminar sobre comportamientos adaptativos de aquellos que son desadaptativos, escudriñar en las causas que originaron esas actitudes y plantear alternativas de mejora frente a futuras manifestaciones de esta índole.

Las evaluaciones de los aprendizajes siempre están cargadas de sensaciones, emociones, sentimientos, temores, preocupaciones y angustias (Anijovich y González, 2011) que vale la pena ser analizados desde una perspectiva orgánica, integral, objetiva y responsable, de cara a identificar fortalezas, debilidades, prioridades y actitudes que estuvieron presentes durante los procesos pedagógicos desarrollados. La evaluación se puede tomar como el momento final de un proceso, pero al mismo tiempo sienta las bases para la planificación conjunta de estrategias que viabilicen futuros procesos con eficacia.

No solo se evalúan los aspectos cognitivos, sino a todo el estudiante en su integralidad, abarcando sus diferentes dimensiones de vida, jugando un rol esencial las emociones, destacando cómo se han sentido luego de recorrer un camino marcado por distintos momentos.

CONCLUSIÓN

Goleman a partir de sus estudios y hallazgos en el marco de la Inteligencia Emocional (IE) concluyó que lo que determina a una persona exitosa no está relacionado con el cociente intelectual, tal como se creyó por muchos años, sino la IE. Esto es un dato revelador, sobre todo en una sociedad que ubicó históricamente los conocimientos y la pericia técnica en un sitio de honor.

Actualmente, la adquisición de habilidades para la vida como el autocontrol, la autoestima, el autoconocimiento, la empatía, la compasión y la resiliencia, son altamente demandadas en esta sociedad signada por el avance avasallante de la tecnología y de la globalización. Aquellas personas, con capacidad de trabajar en equipo, con una actitud resolutiva y abierta a los cambios, son capaces de trascender en un mundo como el que vivimos hoy.

La Pedagogía Ignaciana pone de relieve los aspectos socioemocionales en todos los elementos que lo conforman, porque se entiende que para educar integralmente a los estudiantes es importante hacer sinergia entre los aspectos cognitivos, emocionales, espirituales y religiosos. Actualmente formarse dentro de una obra de la Compañía, implica comprender que cada niño, adolescente y joven es amado y creado a imagen y semejanza de Dios y ese amor personal lo invita a trabajar en favor de su propia felicidad, que es el fin último de la existencia humana.

En este sentido, el rol del docente es crucial para viabilizar el PPI, ya que debe ser capaces de presentar una situación retadora, dinámica y compleja que involucra la totalidad de la persona, formular preguntas abiertas y complejas que ameritan múltiples respuestas y demandan de los estudiantes una mayor motivación e involucramiento. Los profesores “toman| un interés personal por el desarrollo intelectual, afectivo, moral y espiritual” (Compañía de Jesús, 1993, p.43). Un sello distintivo de la educación jesuítica es integrar todas las dimensiones de la persona; es tan importante el aspecto cognitivo e intelectual como lo socioemocional y espiritual. Como docentes estamos llamados a estar atentos a todas ellas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Anijovich, González, C. (2011) *Evaluar para Aprender: Conceptos e Instrumentos*. Aique: Buenos Aires.

- Bisquerra Alzina, R., Pérez Escoda, N. (2007) Las Competencias Emocionales. *Educación XXI*, (10) 61-82. Universidad de Barcelona.
- Briñas, L.T. (2010) Las Competencias Básicas: El Nuevo Paradigma Curricular en Europa. *Foro de Educación*, (12) pp. 25-44.
- Gardner, H. (2001) *Estructura de la Mente: Teoría de las Inteligencias Múltiples*. Fondo de Cultura Económica Ltda.: Bogotá
- Goleman, D. (1998). Working with emotional intelligence. Bantam
- Goleman, D. (2000) *La Inteligencia Emocional: Por qué es más importante que el cociente intelectual*. Ediciones B Argentina S.A.: Buenos Aires.
- Ministerio de Educación (2017) *Currículo Nacional de la Educación Básica*. Autor.
- De León Perera, C. J. (2017) El modelo educativo de la Pedagogía Ignaciana de los siglos XVI-XVIII: ¿Una respuesta actual? *Almogaren*, (60) 137-146
- Duplá, F.J. (2000) La pedagogía ignaciana. Una ayuda importante para nuestro tiempo. *Conferencias sobre pedagogía ignaciana. Serie Cuadernos Ignacianos 2*. (161) 171-183.
- UNESCO (1996) *La Educación encierra un tesoro*. Madrid, España: Santillana
- Sánchez Sierra, SI, Santos, MT y Ariza de Encinales, MV (2005). Reflexionar para mejorar el acto educativo. *Educación y Educadores*, (8), 145-159.
- Vásquez, C. SJ. (2006) *Propuesta educativa de la Compañía de Jesús. Fundamentos y práctica*, 2da. ed. Bogotá: ACODESI, FLACSI, Kimpres Ltda.